

ANGELISMO







LA DESHUMANIZACION DEL HOMBRE



(16) 11.- ¡QUETZALCÓATL!

El tiempo continuaba su inexorable marcha, y el mensaje de aquel sueño aún no había sido compartido con muchas personas. Al principio, cuando este extraño episodio ocurrió, solo lo compartí con algunas personas cercanas, en un intento por encontrar algún comentario que arrojara luz sobre su significado. Sin embargo, me encontré con que, lamentablemente, la mayoría apenas prestaba atención y parecía incapaz de comprender lo que trataba de transmitirles, justo como el joven que escuchaba el relato de su compañero en el elevador en mi sueño.

Mony, por su parte, decidió compartir el sueño con su mamá, quien desde un inicio se mostró curiosa, pero nadie más había mostrado interés.

No obstante, yo seguía buscando la oportunidad para compartir el sueño y su mensaje, ya que con el tiempo comenzó a adquirir un profundo sentido para nosotros.

Durante una visita a mis padres en la Ciudad de México, a mi mamá se le ocurrió la idea de ir al pueblo natal de mi abuela materna, Atlixco, en Puebla, para celebrar el día de San Miguel y subir al cerro que lleva su nombre, en donde, en su cima, se alza una pequeña y antigua iglesia con una escultura del poderoso Arcángel.

Para llegar hasta allí, mi tío Tomás, hermano de mi madre y un hombre de gran corazón, se ofreció a llevarnos. Al día siguiente llegó muy temprano por la mañana y partimos rumbo a Atlixco, un viaje que nos llevaría aproximadamente dos horas y media desde la Ciudad de México.

En el trayecto, después de los saludos y las primeras palabras, comenzamos a ponernos al día con una conversación cálida y familiar. Entonces mencioné que había tenido un sueño bastante peculiar hacía ya un par de años y pregunté a mi mamá si le

gustaría escucharlo. Para mi sorpresa, Tomás mostró un profundo interés y me instó a contarles más al respecto.

Me sentí gratamente sorprendido al ver que alguien mostraba un auténtico interés en mi historia, por muy extraña que esta pareciera, así que comencé a contarla.

Tomás, un ingeniero arquitecto apasionado por la arquitectura prehispánica en Mesoamérica y por sus culturas, mitos y leyendas, me miró a través del espejo retrovisor mientras conducía, escuchando con mucha atención mi relato. Era evidente que estaba verdaderamente interesado.

Así que proseguí con la narración, desarrollando la historia hasta llegar al momento en que el cielo se abrió y aquellas extrañas criaturas con forma de serpiente, como hechas de fuego, comenzaron a descender.

Apenas terminé de contar esa parte cuando Tomás interrumpió mi narración con entusiasmo:

—¡Quetzalcóatl! —dijo, como para sí mismo, como viendo la imagen en su mente.

De inmediato, la imagen de lo que todos conocemos como Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, se formó en mi mente. Sin embargo, mi ignorancia sobre el tema me impedía ir más allá y comprender la conexión con mi sueño. Con cierta vacilación y respeto, le pregunté:

—¿Por qué relacionas esto con Quetzalcóatl?

Tomás me miró a través del espejo retrovisor y respondió amablemente:

—No solo con Quetzalcóatl, sino con la leyenda de su regreso.

Supongo que notó la expresión de desconcierto en mis ojos y, gentilmente, continuó explicándome:

—Quetzalcóatl es una deidad crucial en la mitología mesoamericana, reconocida por diversas culturas, y se le conoce como “la Serpiente Emplumada”. Suele representarse precisamente así: una serpiente con plumas, asociada al viento, la creatividad, la sabiduría... y a algo más profundo. Se dice que, al partir, prometió regresar: un retorno ligado al cambio de era, como si el tiempo mismo entrara en una nueva etapa.

Yo lo escuchaba en silencio, intentando no romper la atmósfera.

—Para mí —añadió— esas profecías se parecen mucho a lo que describes. Los signos y eventos celestiales serían heraldos, una especie de aviso. Y esas luces en el cielo... esas “caídas”... marcarían el inicio de algo. Un mapa, tal vez. Un umbral.

“¡Wow!”, pensé en silencio. Finalmente, alguien aportaba una interpretación que, en cierta forma, tenía sentido. Y lo más extraño era la conexión íntima que sentí con conceptos que yo ya había investigado por otros caminos.

Nuevamente, el concepto decadencia-renovación se hacía presente.

—Además... —continuó Tomás— estamos ya muy cerca del 2012 marcado en el calendario maya.

—Mmm... te explico —dijo, acomodando la idea como si la buscara dentro de sí—. Los mayas también tuvieron su propia figura de serpiente emplumada. Y, aunque pertenecía a otra cultura, para mí se trata del mismo símbolo, quizá del mismo “ser” interpretado de forma distinta. Ellos lo llamaban Kukulkán.

—¿Kukulkán? —repetí, confirmando el nombre en mi voz.

—Sí. El nombre suele traducirse literalmente como “serpiente emplumada”. Y aunque en el habla popular a veces se le asocia con “el que desciende” o con lo celestial —porque su figura aparece vinculada a un ser serpenteante con plumas a fenómenos del cielo

y a ciclos astronómicos —, lo esencial es esto: la idea de una entidad que viene de arriba... y trae conocimiento.

Lo dijo con una seguridad tranquila, como si la imagen estuviera ya completa dentro de él.

—Kukulkán era considerado benévolo. Se le atribuye haber traído civilización: artes, ciencia, astronomía, agricultura... conocimiento.

—¿Y qué dice la leyenda de Kukulkán acerca de su regreso? — interrumpí con interés, sin poder evitarlo.

—Se relaciona con momentos de equilibrio en la naturaleza, con fenómenos astronómicos, como si su presencia estuviera escrita en el cielo. Y con ello, el simbolismo de renovación.

Ahí estaba otra vez: renovación. Y no como palabra bonita, sino como una clave.

—Para ti, ¿cómo interpretarías entonces la imagen de estos seres en mi sueño? —pregunté, mientras mi mamá escuchaba también con atención aquella conversación enigmática.

Tomás hizo una pausa breve.

—Mi área no es la mitología —dijo—, pero, en mi propia teoría hipotética, yo lo relacionaría con estas leyendas. Porque, aunque Quetzalcóatl y Kukulkán se presenten como deidades de culturas distintas, creo que pudo tratarse del mismo símbolo... o del mismo mensaje... que viajó por el tiempo y se expresó con diferentes nombres.

—¿Cuánto tiempo de diferencia hay entre una y otra cultura? — pregunté, cada vez más cautivado.

Tomás entrecerró los ojos, como queriendo acceder a sus archivos mentales. Él era arquitecto, y lo que compartía provenía de su cultura general; no era un dato que tuviera a la mano como si se

tratara de un número telefónico. Se tomó un momento antes de responder:

—Los mayas se desarrollaron desde aproximadamente el 2000 a. C. hasta el 1500 d. C., mientras que los aztecas fundaron Tenochtitlán alrededor de 1325 d. C.

—Pero... ¿hubo un período en el que ambas culturas coexistieran en el tiempo? —insistí.

—Puede haber coincidencias temporales tardías, pero no como dos potencias contemporáneas en el mismo sentido —respondió—. Aun así, para mí, el símbolo es el mismo: un arquetipo que se repite. Cada cultura lo nombra a su manera, pero el mensaje se parece demasiado.

Hoy sé que la interpretación de Tomás no estaba tan alejada de la realidad. Diversos investigadores han estudiado las similitudes entre la figura de la serpiente emplumada en Mesoamérica a través de representaciones artísticas, inscripciones y fuentes históricas. Investigadores como Karl Taube, por ejemplo, han trabajado sobre la iconografía y los contextos rituales vinculados a Quetzalcóatl y su presencia en sitios clave; y David Stuart ha aportado, desde el mundo maya, lecturas fundamentales sobre escritura, tiempo y cosmología, incluyendo reflexiones críticas sobre el tiempo y el 2012 en obras como *The Order of Days*.

Para mí, tenía sentido. El fenómeno de dar nombres diferentes a una misma idea —o a un mismo símbolo— es algo profundamente humano: ocurre por cultura, por región, por lengua... y por interpretación.

A manera de ejemplo, ¿qué te dice la frase: “La guinda de la torta”?

Posiblemente, si no eres chileno, peruano, boliviano o de alguna región de España, como Aragón o Navarra —o si no conoces a alguien de esas regiones—, la expresión te suene desconocida, como me ocurrió a mí por ser mexicano.

¿Qué es “la guinda”? Para nosotros en México sería “una cereza”. ¿Y qué es “la torta”? En este caso, equivaldría a lo que nosotros llamamos “pastel”.

Así que “la guinda de la torta” es lo mismo que decir “la cereza del pastel”.

Dos maneras de decirlo: un mismo objeto.

¿Cuál es la palabra correcta, guinda o cereza? Eso no importa. Lo que importa es que ambas se refieren a la misma pequeña fruta, redonda, dulce, con un toque de acidez. No cambia la esencia.

Y así lo sentí yo con esto: Quetzalcóatl o Kukulkán. Dos nombres distintos para una idea que, en el fondo, apunta a lo mismo: una entidad que descende, que conecta cielo y tierra y que trae un mensaje de transformación.

Por eso, para mí resultaba fascinante esta interpretación, pues encajaba con algo que yo ya traía dentro: la figura de Uriel, descrita en textos gnósticos como una serpiente de fuego que descende para custodiar lo alto; y la figura de la serpiente emplumada que descende trayendo evolución espiritual. Dos lenguajes distintos... una misma sensación: algo viene desde arriba y ofrece cambio.

Con la cabeza llena de pensamientos y la emoción palpable en el aire, tras horas conversando, llegamos finalmente a Atlixco. Nos estacionamos cerca del quiosco de la alameda central. El cerro de San Miguel se levantaba a un costado y, detrás de él, imponente, la figura majestuosa de Don Goyo, como le dicen de cariño al volcán Popocatepetl.

Las ardillas corrían de un árbol a otro en la pequeña plaza, mientras nos deteníamos a disfrutar de un maravilloso sorbete de rompopo, una especie de helado muy espumoso típico del pueblo.

Con nuestros sorbetes en mano —y con mil pensamientos en mi cabeza— nos dirigimos hacia la ladera del cerro para comenzar el ascenso.

A medida que subíamos, por las laderas podíamos ver el pintoresco pueblo natal de mi abuela materna, en paisajes entregados como obras de arte listas para enmarcar. Pero aún con aquellos hermosos escenarios frente a mí, mi mente no dejaba de explorar, con fascinación, las similitudes entre las historias, mitos y leyendas que yo venía relacionando con el mensaje de mi sueño.

De pronto, la voz de mi madre me sacó de mi ensoñación:

—¡Ya llegamos! —exclamó con emoción.

Sin darme cuenta, habíamos llegado a nuestro destino: la iglesia de San Miguel, en la cima de aquel cerro que visitábamos ese día en su honor.

Y al llegar a la puerta —como dicen en Chile— la guinda de la torta fue ver ante mis ojos la hermosa escultura que adornaba la entrada.

Aquella imagen parecía un mensaje casi subliminal que coronaba mis reflexiones durante la agotadora subida.

San Miguel Arcángel, sosteniendo en el aire su espada con la mano derecha y una balanza con la izquierda, mientras Lucifer yacía derrotado a sus pies, luchando por liberarse.

San Miguel, representante de lo espiritual y la justicia divina, sostenía la balanza como símbolo de equilibrio: la necesidad de medir nuestras acciones, de sostener nuestras decisiones sin caer en el extremo. La espada, en alto, mostraba firmeza: la batalla contra el mal y la tentación que acechan en el mundo.

Y entonces sentí que el mensaje seguía ahí.

La imagen de San Miguel venciendo a Lucifer evocaba el pasaje que había leído años atrás, cuando recibí el mensaje: *La guerra de los cielos*. Era la lucha del bien contra el mal. Era la búsqueda del equilibrio espiritual que nos mantiene como seres humanos

originales, impidiendo que nos convirtamos en simples entes sin alma, completamente deshumanizados.

Para mí, el mensaje continuaba. Ya no solo a través de sueños o voces en mi mente, sino también mediante sincronicidades como esta. Estos eventos solo se hacen visibles cuando los buscas, o cuando estás dispuesto a encontrarlos. No antes. Porque, de lo contrario, el mensaje se pierde en la incredulidad y el desinterés: no es información que busques por curiosidad... es algo que llega cuando estás preparado para recibirlo.

Al regresar a casa en San Diego, compartí emocionado con Mony esta experiencia y las reflexiones obtenidas de la conversación con Tomás. Mony también se sintió conmovida por lo que compartí.

Las coincidencias con las leyendas y mitos de diversas culturas dejaban una sensación clara: se avecinaba un período de cambio, una transición espiritual y energética que la humanidad pronto experimentaría. Y, coincidentemente, un acontecimiento global —y cósmico— se acercaba rápidamente:

el 21 de diciembre del 2012.

Con el paso del tiempo, y ya lejos de aquel viaje, comprendí que la conversación con Tomás había sido una invitación natural a profundizar. Aquella interpretación despertó en mí el deseo de comprender mejor las referencias culturales y simbólicas asociadas a su visión.

Fue así como comencé a explorar con mayor detenimiento la cosmovisión mexicana —frecuentemente llamada azteca— y su profunda concepción del tiempo. Descubrí entonces que, para ellos, la historia de la humanidad no avanzaba de manera lineal, sino a través de grandes eras conocidas como **Soles**. Antes del tiempo actual existieron cuatro Soles, cuatro edades completas del mundo, cada una de ellas sostenida mientras el equilibrio entre el ser humano, la naturaleza y lo sagrado se mantenía vivo.

Cada uno de esos Soles llegó a su fin cuando ese equilibrio se perdió. No como un castigo impuesto desde lo divino, sino como consecuencia directa de la degradación humana. Según la tradición, el Primer Sol colapsó bajo fuerzas ligadas a la tierra; el Segundo fue arrasado por los vientos; el Tercero terminó a través del fuego; y el Cuarto desapareció bajo las aguas. Cada era concluyó cuando la humanidad dejó de sostener el orden que le había sido confiado.

El tiempo presente corresponde al **Quinto Sol**, conocido como *Nahui Ollin*, “Cuatro Movimiento”. A diferencia de los anteriores, su final no está asociado a un elemento externo específico, sino al **movimiento mismo**. *Ollin* no alude únicamente a terremotos físicos, sino a un estado de inestabilidad profunda: un mundo que se mueve sin centro, sin dirección y sin equilibrio.

En esta visión, los grandes temblores de la tierra no son la causa del fin del Quinto Sol, sino su consecuencia. El colapso no comienza en el suelo que se abre, sino en el ser humano que se vacía. Cuando la conciencia se fragmenta, cuando los valores se diluyen, cuando la vida se reduce a lo inmediato y lo material, el orden que sostiene al mundo comienza a debilitarse.

Fue entonces cuando el paralelismo con nuestra realidad se volvió inquietantemente claro. La profecía no describía un final impuesto desde el cielo, sino una advertencia silenciosa: **una humanidad deshumanizada no puede sostener una era**. El Quinto Sol permanece vivo únicamente mientras el hombre conserve aquello que lo hace verdaderamente humano.

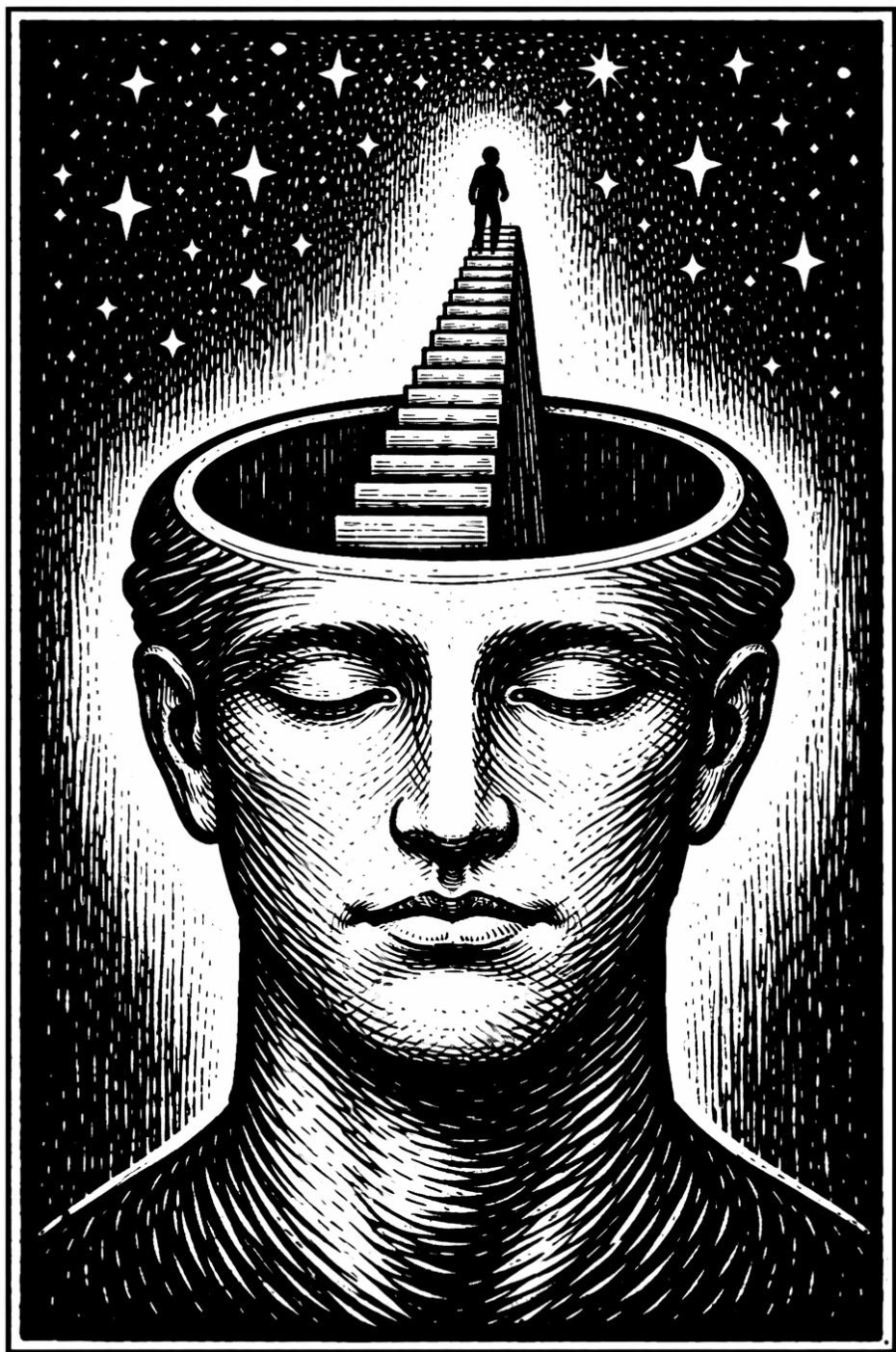
Y ahí comprendí algo esencial. En la cosmovisión mexicana, **Quetzalcóatl no representa la destrucción del mundo, sino el principio que sostiene su orden**. Es la conciencia, el conocimiento y la armonía que permiten que una era continúe existiendo. Cuando aquello que Quetzalcóatl simboliza se pierde, el Sol comienza a moverse sin control. No por ataque externo, sino por ausencia.

Así que, el mensaje no hablaba del fin del mundo, sino del riesgo de perderlo todo al perderse a uno mismo.

La búsqueda de respuestas para interpretar los mensajes en mi sueño, así como el significado de los símbolos, tomaba cada vez más sentido para mí. Pero, por el momento, yo seguía sumergido en la relación que encontraba con las diferentes versiones del Apocalipsis. Era fascinante ver cómo todos esos relatos, esas culturas, esas profecías, parecían hablar de lo mismo...

un mensaje de advertencia,
un llamado a regresar al camino, antes de que sea demasiado tarde.





(17) 12.- DESPERTAR ESPIRITUAL

Con esa lectura ya integrada —y con la certeza de que el sueño no hablaba de un hecho aislado, sino de un tiempo que se estaba revelando— la pregunta dejó de ser qué significaba el mensaje, y pasó a ser **qué proceso estábamos atravesando como humanidad.**

Porque las coincidencias no solo estaban en los símbolos, sino también en los relatos, en los mitos y en las profecías que, desde distintas culturas, describían un mismo patrón: decadencia, crisis... y renovación.

Además, los eventos narrados en dichos mitos y relatos parecían alinearse con una fecha que se aproximaba en el tiempo: el final de la cuenta larga del calendario maya, el 21 de diciembre de 2012. Esa convergencia planteaba una pregunta que era difícil de evitar:

¿Estaríamos llegando a ese momento de decadencia?

La pregunta necesitaba una respuesta, y en ese momento yo no la tenía.

Pero sí tenía la posibilidad de investigar, y pensé que lo más lógico, sería buscar lo que más resonara en mi mente:

Apocalipsis?

Como ya he mencionado, me descubrí a mí mismo como deísta. No tenía un conocimiento profundo de la Biblia ni de las Sagradas Escrituras más allá de lo aprendido durante mi primera comunión. Mi bagaje cultural en torno a la palabra *Apocalipsis* era el mismo que el de la mayoría de las personas: una idea difusa del fin del mundo, asociada a catástrofes, destrucción, trompetas y jinetes.

Sin embargo, habíamos aprendido ya la importancia de respetar el verdadero significado de las palabras.

Así que decidimos hacer lo mismo con esta.

En el lenguaje existe un fenómeno conocido como **ampliación semántica**: cuando una palabra se utiliza fuera de su contexto original y su significado se expande o se deforma.

Eso es precisamente lo que había ocurrido con el término *Apocalipsis*, que fuera del ámbito religioso suele emplearse para describir cualquier evento catastrófico o de gran trascendencia: un colapso ambiental, una crisis tecnológica, el fin de una era.

Pero en su sentido original, *Apocalipsis* proviene del griego *apokálypsis* y significa algo muy distinto:

revelación.

El descubrimiento nos dejó perplejos.

Apocalipsis no era destrucción.

Era revelación.

Ese solo hecho reconfiguró por completo la interpretación del mensaje de mi sueño.

Comprendí entonces que su lenguaje simbólico no buscaba obligarme ni advertirme, sino comunicarme algo.

Comunicarlo de la forma más comprensible posible para mí, partiendo de mi propio marco de referencia y del contexto sociocultural que más fácilmente resonara conmigo, conduciéndome así, paso a paso, hacia una comprensión más sencilla. (Quizá por eso la connotación religiosa, por ser lo que más pudiera resonar en mi contexto familiar.)

Entonces surgió otra pregunta inevitable:

¿qué otra palabra clave estaba presente en el sueño?

Uriel.

Uriel no era un concepto, sino un nombre propio. Y ahora sabíamos que pertenecía a un ángel.

Eso nos llevó a una nueva indagación.

Al igual que con *Apocalipsis*, nuestra idea sobre los ángeles estaba teñida por imágenes culturales y religiosas: seres alados, figuras etéreas, representaciones simbólicas.

Pero al buscar el origen del término, encontramos algo revelador.

La palabra **ángel** proviene del griego *ángelos*, que significa **mensajero**.

No un ser celestialmente hermoso.

No una figura alada con aureola brillante.

Un mensajero.

Ángel del apocalipsis... **mensajero de revelaciones**.

Y esa idea lo cambió todo: el mensaje no sonaba a advertencia ni a profecía fatalista.

Sonaba a invitación.

Mientras continuaba encontrando más significados en el sueño, la respuesta a aquella pregunta —si estábamos llegando a “ese” momento de decadencia— comenzó a hacerse evidente a mi alrededor; fue como una percepción constante, casi incómoda.

El mundo parecía avanzar con rapidez, pero no necesariamente en la dirección correcta.

Había más tecnología, más información y más comunicación que nunca... y, al mismo tiempo, menos contacto real, menos escucha, menos presencia. Las personas hablaban sin escucharse, miraban sin ver, convivían sin vincularse.

La violencia ya no era solo física: también era verbal, emocional, cotidiana.

La indiferencia se normalizaba.

El pragmatismo se imponía por encima de la empatía.

El éxito se medía en facturación, no en creatividad ni en logros.

Algo esencial se estaba perdiendo.

No se trataba únicamente de grandes conflictos o tragedias visibles, sino de una erosión silenciosa que se manifestaba en lo cotidiano:

en la forma de relacionarnos, de competir, de consumir, de justificar lo injustificable.

Fue entonces cuando comprendí que todos esos síntomas — aparentemente dispersos — podían nombrarse bajo un mismo concepto.

Deshumanización.

La pérdida progresiva de aquello que nos vuelve humanos.

Ese fue el momento en que la palabra **Angelismo** comenzó a cobrar un sentido mucho más profundo para mí.

No como una idea espiritual abstracta, sino como un término capaz de nombrar un fenómeno real:

el conjunto de conductas, la falta de valores y decisiones egoístas que, una a una, van alejando al ser humano de su esencia.

Visto así, la violencia, el egoísmo, la indiferencia, el abuso, la descomposición social y la desconexión interior no eran hechos aislados, sino expresiones distintas de un mismo proceso.

Angelismo, no como causa externa, sino como estado interior. No como castigo, sino como consecuencia.

Y fue precisamente en medio de ese desgaste cuando comenzó a surgir otra señal, mucho menos sutil: una oferta masiva de espiritualidad.

De pronto, todo parecía tener una respuesta rápida.

Cursos, talleres, seminarios, libros, gurús, métodos exprés para “despertar”, “elevar la conciencia” o “vibrar alto”.

Se hablaba de energía, de amor, de propósito, de iluminación... pero pocas veces de responsabilidad, de coherencia o de transformación real.

La espiritualidad se volvió un producto.

Algo que se podía consumir, prometer y vender.

No como un camino incómodo de revisión interior, sino como un alivio inmediato para una vida que ya no se sentía propia.

Y, sin embargo, esa saturación no surgía de la nada.

No hay oferta sin demanda.

Y aquella proliferación de respuestas — algunas honestas, otras vacías, muchas oportunistas— dejaba ver una necesidad auténtica: algo en el ser humano sabía que el rumbo no era el correcto.

No todos lo vivían de la misma forma.

Para algunos, ese tiempo se leía como desastre, colapso o fin del mundo.

Para otros, como una oportunidad de cambio, de corrección, de retorno.

Dos lecturas opuestas... de una misma incomodidad colectiva.

No parecía un despertar genuino, pero sí un síntoma.

Como si, en lo más profundo, algo supiera que seguir así no era sostenible.

Aquello dejaba claro que no se trataba de una inquietud meramente personal, ni de un impulso por demostrar nada a nadie, ni de anunciar un destino inevitable.

Tal vez la vida misma solo estaba señalando algo mucho más simple y, a la vez, más incómodo: dejar de ser parte del problema.

Recuperar lo humano.

Elegir distinto.

Uno a uno.

Había, además, un elemento imposible de ignorar: **el momento**.

No se trataba solo de una sensación difusa ni de una crisis sin fecha.

El contexto temporal parecía amplificarlo todo.

Mientras la deshumanización se hacía cada vez más visible y la espiritualidad comenzaba a ofrecerse como producto, reaparecían con fuerza narrativas antiguas que hablaban de finales de ciclo, de crisis profundas y de posibles renovaciones.

No como profecías literales, sino como símbolos que parecían encontrar eco en una época saturada y exhausta.

No era que el mundo estuviera terminando, sino que una forma de habitarlo ya no se sostenía.

Y cuando eso ocurre, la historia muestra que el ser humano suele atravesar, una y otra vez, la intuición de que algo debe cambiar.

Si la humanidad había llegado antes a puntos similares de desgaste, de crisis y de búsqueda,

entonces debía haber dejado huellas.

Momentos en los que, al borde de perderse, intentó recordar quién era,

por qué había llegado hasta ahí

y qué había sido capaz de transformar.

Con esas preguntas abiertas, comencé a mirar hacia atrás, no para encontrar respuestas definitivas, sino para reconocer patrones.

Y esa comprensión me condujo a una pregunta aún mayor:

¿había ocurrido algo similar antes en la historia de la humanidad?

Mi intención fue clara entonces: verificar si el despertar espiritual respondía a un patrón humano recurrente, o si se trataba de un fenómeno aislado.

No estaba buscando “despertares espirituales” como categorías históricas formales, porque, en realidad, no existen de ese modo.

La historia no los registra ni los clasifica como procesos medibles o definidos.

Lo que busqué fueron momentos en los que la humanidad volvió a hacerse las preguntas esenciales: quién es, qué sentido tiene su existencia y cuál es su lugar en el mundo. Filosofías y corrientes de pensamiento que reforzaran la dimensión espiritual, no como evasión, sino como un intento por recuperar humanidad cuando el propio ser humano sentía que la estaba perdiendo.

Y, sobre todo, reconocer sus características principales y observar si guardaban alguna relación con nuestro momento actual.

Esto fue lo que averigüé del despertar espiritual a través de la historia.

Al explorar distintas tradiciones espirituales, filosóficas y culturales, descubrí algo que me sorprendió profundamente: una y otra vez, la humanidad había descrito procesos muy similares, aunque usando lenguajes, símbolos y marcos conceptuales distintos.

No parecían doctrinas copiándose entre sí, sino experiencias humanas intentando nombrar el mismo punto de quiebre interior.

A esos procesos, en casi todas las épocas, se les dio un mismo sentido esencial: un momento de revelación, de recuerdo, de toma de conciencia.

Esto fue lo que encontré.

I. Hinduismo

(Aproximadamente 1500 a.C. a 500 a.C. En el subcontinente indio, principalmente en la región del valle del Indo y el norte de la India.)

Surge en sociedades antiguas organizadas en torno a la naturaleza, los ciclos cósmicos y una estructura social rígida, donde la vida estaba profundamente integrada a lo sagrado.

En el hinduismo, el despertar espiritual se entiende como *moksha*: la liberación del ciclo de nacimiento y muerte (*samsara*). No se trata del fin del mundo, sino del fin de la ignorancia. El despertar ocurre cuando el ser humano reconoce su verdadera naturaleza espiritual y trasciende la ilusión de separación.

Lo que me ayudó a comprender esta visión fue quedarme con algunas ideas centrales que se repiten como un mapa interior:

- **Moksha (Liberación):** la meta última, alcanzable mediante conocimiento, devoción o acción desinteresada.
- **Karma:** la comprensión de que cada acción deja una huella.
- **Dharma:** vivir en coherencia con un orden profundo que va más allá del interés personal.
- **Bhakti Yoga:** el camino de la devoción.
- **Jñana Yoga:** la búsqueda de la verdad a través del conocimiento interior.
- **Karma Yoga:** actuar sin apego al resultado.
- **Hatha Yoga y meditación:** preparar cuerpo y mente como instrumentos de conciencia.

El despertar se entendió como **liberación de la ignorancia**, buscando reconocer la verdadera naturaleza del ser y su unidad con el todo, con la vida, con el universo y con uno mismo.

II. Budismo

(Siglo VI a.C. al siglo III a.C. En norte de la India, y se expande posteriormente por Asia.)

Surge en un contexto de crisis religiosa, desigualdad social y cuestionamiento de los rituales tradicionales en la India antigua. El despertar consistió en **comprender el sufrimiento humano y liberarse de él**, a través de la observación directa, la ética y la claridad mental.

En el budismo, el despertar recibe el nombre de *nirvana* y se define como la cesación del sufrimiento. No hay salvación externa: hay comprensión directa. Despertar es ver con claridad la impermanencia, el apego y la ilusión del yo.

Estas ideas fueron las que más resonaron en mi lectura:

- **Nirvana:** liberación del sufrimiento y del ciclo de renacimiento.
 - **Las Cuatro Nobles Verdades:** un diagnóstico preciso del sufrimiento humano y su posible cesación.
 - **El Noble Camino Óctuple:** una guía práctica para vivir con atención, ética y claridad.
 - **Meditación (Vipassana y Zazen):** observar sin juicio la mente y la experiencia.
 - **Compasión (Metta):** el despertar no es solo interior, se expresa en el trato al otro.
 - **Impermanencia y no-yo:** comprender que nada es fijo, ni siquiera la identidad.
- Un despertar centrado en la comprensión directa del sufrimiento y su cesación.
- Aquí comprendí que despertar es **dejar de aferrarse**.

III. Jainismo

(Siglo VI a.C. al siglo IV a.C. En el norte de la India)

Aparece en el mismo periodo de agitación espiritual que el budismo, en sociedades marcadas por jerarquías, violencia y acumulación material.

El jainismo concibe el despertar como purificación. Liberarse del karma implica desprenderse, no acumular. La no violencia, la austeridad y la conducta ética no son normas morales: son caminos de claridad.

Estos fueron los ejes que identifiqué:

- **Moksha:** liberación del ciclo de nacimiento y muerte
- **Las Tres Joyas:** visión correcta, conocimiento correcto y conducta correcta.
- **Ahimsa:** la no violencia como principio absoluto.
- **Aparigraha:** renuncia al apego material.
- **Tapas:** disciplina y austeridad como limpieza interior.

El despertar se planteó como **purificación interior extrema**, basada en la no violencia, el desapego y la responsabilidad absoluta sobre las propias acciones.

Aquí el despertar no suma capas: **las quita**.

IV. Taoísmo y Confucianismo

(Siglos VI al III a.C. En la antigua China, especialmente durante el periodo de los Reinos Combatientes.)

Surgen en China durante un periodo de guerras internas, colapso del orden social y crisis política prolongada.

Un despertar ligado al orden natural, la armonía social y la ética cotidiana en tiempos de caos político.

En el taoísmo, despertar es alinearse con el *Tao*: el flujo natural de la existencia. Vivir sin forzar, sin resistir, en armonía con lo que es. El confucianismo, en cambio, lo sitúa en la vida cotidiana: ética, relaciones, virtud.

Lo que encontré en ambas tradiciones fue una coincidencia esencial: el despertar se refleja en cómo se vive.

- **Tao:** principio fundamental de todo.
- **Wu Wei:** actuar sin forzar.
- **Meditación y alquimia interior:** equilibrio de la energía vital.
- **Ren, Li y Jen:** benevolencia, ética y humanidad.
- **Educación y autocultivo:** crecer como acto espiritual.

El despertar se expresó como **búsqueda de armonía**, ya sea alineándose con el orden natural (taoísmo) o restaurando la ética, las relaciones y la responsabilidad social (confucianismo).

Despertar aquí no es retirarse del mundo, sino **habitarlo con conciencia**. (*Vivir Una Vida Hermosa*)

V. Cristianismo

(Siglo I d.C. al siglo IV d.C. En la región de Judea (actual Medio Oriente), dentro del Imperio Romano.)

Surge en un mundo dominado por el Imperio romano, marcado por opresión, desigualdad, violencia estructural y pérdida de esperanza entre las clases más vulnerables.

En el cristianismo, el despertar espiritual se manifiesta como transformación interior. No es conocimiento oculto, sino renovación del corazón. El lenguaje es distinto, pero el proceso es reconocible.

Estos conceptos marcaron mi comprensión:

- **Fe y nuevo nacimiento:** una vida renovada desde dentro.
- **Arrepentimiento y perdón:** soltar lo que pesa.
- **Oración y comunión:** relación viva con lo divino.
- **Caridad y servicio:** el despertar se expresa en el amor al prójimo.
- **Crecimiento y santificación:** proceso continuo, no evento único.

El despertar se manifestó como **transformación interior basada en el amor, la compasión y la dignidad humana**, proponiendo una vida distinta dentro de un sistema injusto. **Un despertar enfocado en la transformación interior, el amor al prójimo y la renovación moral.**

Aquí despertar es **vivir distinto**.

VI. El Renacimiento

(Siglos XIV al XVI. En Europa occidental, con origen principal en Italia (Florencia, Roma y Venecia).)

Surge tras siglos de control religioso, estancamiento intelectual y crisis sociales provocadas por guerras, pestes y desigualdad.

Durante el Renacimiento, el despertar adopta la forma de reconciliación entre razón, arte y espiritualidad. El ser humano vuelve a ocupar un lugar central en la comprensión del mundo.

Lo que más me llamó la atención fue:

- **Humanismo:** dignidad y potencial del ser humano.
- **Redescubrimiento clásico:** razón y belleza como caminos hacia lo divino.
- **Ciencia y fe:** tensión creativa entre ambos mundos.
- **Imprenta:** expansión del conocimiento como acto transformador.

El despertar aquí consistió en recuperar al ser humano como centro, revalorando la razón, el arte y la creatividad como formas legítimas de comprender el mundo.

Aquí despertar fue **recordar el valor de la conciencia humana**.

VII. El movimiento trascendentalista

(Mediados del siglo XIX, aproximadamente 1830–1860. En los Estados Unidos, especialmente en Nueva Inglaterra.)

Surge como reacción a la industrialización temprana, la urbanización acelerada y la mecanización de la vida, que comenzaron a alejar al ser humano de la naturaleza y de su experiencia interior en los Estados Unidos.

En el siglo XIX, el trascendentalismo propuso que la verdad espiritual podía experimentarse directamente. La intuición y la naturaleza se convirtieron en maestras.

Sus ideas clave fueron:

- **Trascendencia:** una realidad espiritual más allá de lo sensorial.
- **La voz interior:** el yo como fuente de conocimiento.
- **Naturaleza:** reflejo de lo divino.
- **Conciencia individual:** primacía sobre la institución.

El despertar se expresó como **retorno a la intuición, la conciencia individual y el vínculo con la naturaleza**, fuera de las instituciones religiosas.

Despertar fue **confiar en la intuición**.

VIII. La contracultura de los años sesenta

(Aproximadamente 1960–1975 Occidente, especialmente Estados Unidos y Europa)

Surge en un contexto marcado por guerras, amenaza nuclear, consumo masivo y desconfianza hacia la autoridad política y social.

Un despertar caótico y experimental frente a la guerra, el consumismo y la rigidez social, fué imperfecto... pero auténtico. Se buscó sentido fuera de las estructuras rígidas. Estos rasgos lo definieron:

- **Rechazo de la conformidad.**
- **Espiritualidad oriental y vida comunitaria.**
- **Psicodélicos y expansión de la conciencia.**
- **Música, derechos civiles y ecología.**

El despertar fue una **búsqueda de sentido y libertad**, caótica y experimental, que rechazó las estructuras rígidas e intentó nuevas formas de conciencia y convivencia.

Aquí despertar fue **buscar**, aun sin un mapa claro.

IX. El movimiento New Age

(aproximadamente 1970 a 1990 principalmente en Estados Unidos y Europa occidental.)

Se desarrolla en un periodo de apertura cultural y globalización, pero también de fragmentación del sentido y creciente comercialización del bienestar y la espiritualidad. Desde los años setenta, el New Age integró múltiples tradiciones en una espiritualidad personalizada. Fue un despertar sincrético, un intento de reconciliar ciencia, espiritualidad y experiencia personal, aunque no exento de excesos.

Lo esencial que encontré fue:

- **Espiritualidad holística y sincretismo.**
- **Conciencia creadora y metafísica.**
- **Sanación integral.**

- **Autoayuda y crecimiento personal.**
- **Críticas por comercialización.**

El despertar se manifestó como **espiritualidad personalizada**, mezclando tradiciones diversas, aunque frecuentemente desprovista de profundidad histórica y compromiso transformador. Despertar aquí fue **experimentar**.

X. El despertar espiritual contemporáneo

(finales del siglo XX hasta la actualidad. No tiene un origen geográfico único; emerge de forma simultánea y global,)

Emerge en un mundo saturado de información, velocidad, hiperconectividad y crisis múltiples, donde el individuo enfrenta sobrecarga mental y desconexión emocional.

El despertar ya no es colectivo ni uniforme, sino individual, disperso y profundamente influido por la tecnología y la crisis global.

Hoy, el despertar se manifiesta de forma plural y fragmentada. No hay un solo camino. Cada persona recorre el suyo.

Los rasgos más visibles son:

- **Meditación y mindfulness.**
- **Psicología y sanación emocional.**
- **Conciencia ecológica y activismo.**
- **Tecnología como herramienta espiritual.**
- **Pluralismo y búsqueda de propósito.**

El despertar aparece como intento de recuperar sentido, equilibrio y propósito, de forma individual y fragmentada, sin un marco común ni colectivo.

Despertar, ahora, es **recordar en medio del ruido**.

Fue al contrastar estos periodos, uno frente a otro, cuando algo empezó a hacerse evidente para mí.

Los despertares del pasado no surgieron en momentos de desconexión.

Surgieron en culturas que, aun siendo violentas, estaban vinculadas a la tierra, a los ciclos, a los dioses, a la naturaleza y al sentido de pertenencia.

Había ignorancia, sí.

Había guerra, dominio y brutalidad.

Pero el vacío no era el clima dominante.

El ser humano antiguo —con todo y sus sombras— solía vivir con una sensación de pertenencia.

Podía equivocarse, podía destruir, pero no estaba separado de la vida.

Eso es lo que marca la diferencia con el tiempo actual.

Hoy no domina la ignorancia; domina la desconexión.

No falta información, falta vínculo.

No se perdió el conocimiento, se perdió el sentido.

Nunca antes fue tan fácil destruir sin mirar.

Consumir sin sentir.

Eliminar sin recordar.

Estar rodeados de personas... y estar solos.

La violencia ya no necesita causa.

La indiferencia ya no necesita justificación.

La desconexión se volvió normal.

Y ese punto —al que llamo deshumanización, o Angelismo— no aparece en los despertares anteriores.

No la guerra.

No el caos.
No el conflicto.
Sino la pérdida del vínculo.

Los grandes movimientos espirituales del pasado nacieron de la búsqueda.

Este momento parece nacer del agotamiento.

No de la expansión de la conciencia, sino de su desgaste.
No del deseo de comprender más, sino de la incapacidad de sentir.

Cuando hablo de que esto no aparece en los despertares anteriores, no me refiero a un corte limpio en la historia ni a una frontera exacta entre épocas.

La humanidad no cambia de golpe. Se diluye.

Incluso en períodos ya considerados “modernos”, como el Renacimiento o el siglo XIX, el ser humano seguía vinculado a algo mayor: a la naturaleza, al sentido, a la comunidad, a la experiencia directa de la vida.

Esa vinculación —con todas sus contradicciones— nunca desapareció del todo en los despertares previos.

La desconexión que hoy vivimos no surgió como excepción, sino que terminó por volverse norma.

Comenzó a tomar forma con la industrialización, cuando el tiempo dejó de vivirse y empezó a medirse.

Se profundizó cuando el ser humano empezó a ser reducido a función.

Y se volvió dominante después de la Segunda Guerra Mundial, acelerándose con fuerza desde los años sesenta en adelante.

No es la violencia lo nuevo.
Es la desconexión sostenida.

¿Me explico?

Desde ahí, las antiguas narrativas de cierre de ciclo que se repiten en mitos, profecías y leyendas dejan de parecer simbólicas o lejanas.

No porque anuncien un final inmediato, sino porque describen lo que ocurre cuando una forma de habitar el mundo pierde sentido.

Por eso, al mirar hacia atrás, los despertares espirituales anteriores no corresponden a lo que ocurre en nuestro presente.

Lo iluminan... pero desde otro lugar.

Hoy, tal vez, sentimos ese llamado a despertar simplemente porque nos hemos alejado demasiado de la esencia.

Y, en lo más profundo, lo sabemos.

Quizá esa sea la señal más clara de que este tiempo no se parece a ningún otro.

Porque, en términos humanos, históricos o incluso cósmicos, lo que ocurre ahora no comenzó ayer ni se resolverá mañana en una fecha concreta.

Es un proceso... y lo estamos atravesando.

No porque estemos obligados,
sino porque se nos está dando la oportunidad de elegir.

Y eso no es nuevo.

En todos los relatos antiguos —sin excepción— nunca se habla de un destino inamovible.

Siempre se habla de una elección.

Quizás por eso, se nos dió uno de los regalos mas bellos... nuestro libre albedrío.





(18) 13.- Libre Albedrío

Hasta ese punto, todo parecía apuntar hacia un mismo lugar: la posibilidad de que, efectivamente, estuviéramos atravesando nuestro propio periodo de despertar.

Pero no uno nacido de la expansión, ni del entusiasmo, ni del acceso a nuevas verdades, sino de un punto muy distinto:

La deshumanización.

Un origen que encajaba con los grandes relatos antiguos, pero que no conducía a un destino impuesto ni a una profecía inevitable, sino a algo mucho más incómodo y, a la vez, más humano: una invitación, una posibilidad abierta de cambio.

Una elección.

Fue entonces cuando en mi mente apareció un concepto que, hasta ese momento, había dado por sentado: una elección... igual a libre albedrío.

El término resonó con fuerza.

Pero, así como había ocurrido con palabras como *Apocalipsis* o *Ángel*, algo me hizo sospechar que su significado real quizá no era el que comúnmente creemos.

Porque solemos pensar que el libre albedrío es simplemente la capacidad de elegir. Nuestro derecho de decidir qué queremos, qué preferimos, qué nos conviene.

Como ocurre con muchas palabras esenciales, la degradación semántica hizo lo suyo.

El término fue simplificado, domesticado, reducido.

Dejó de nombrar una responsabilidad profunda para convertirse en sinónimo de gusto, deseo o preferencia personal, o quizá sí, hasta una libre elección, pero sin transcendencia.

Pero si eso fuera cierto, ¿elegir entre agua de jamaica o de sandía sería libre albedrío?

¿Pan o tortilla para tu comida?

¿Un coche u otro?

¿Azul o rojo?

¿Ver las noticias o un episodio más de tu serie?

¿Bañarte hoy o no?

¿Ir o no ir?

¿Estamos ejerciendo realmente, nuestro libre albedrío?

Porque de hecho... incluso los animales eligen.

Un perro puede decidir no comer croquetas hoy, y aceptar pollo.

Un ave puede cambiar de ruta.

Entonces, ¿qué lo distingue?

Comprendí que decidir y elegir no son suficientes.

El libre albedrío no opera desde el instinto, el antojo o la conveniencia inmediata.

Opera cuando una decisión se toma con conciencia de sus consecuencias y con la disposición a asumirlas, sean favorables o no.

Decisiones de vida.

Elegir qué hacer con los dones recibidos.

Elegir si traer o no un hijo a un mundo inestable.

Elegir desde los sentimientos y no desde el deseo para unirse con otro ser humano.

Elegir no solo lo que se quiere, sino lo que se está dispuesto a sostener.

Al revisar su origen, la idea se vuelve mucho más precisa —y mucho más exigente—.

La expresión proviene del latín *liberum arbitrium*.

No habla de gustos, ni de preferencias, ni de decisiones triviales.

Habla de algo mucho más profundo: la facultad de juzgar... y responder por ese juicio.

En su sentido original, *libre* no significa “hacer lo que quiero”, sino no estar determinado por fuerzas externas.

Y *arbitrium* no significa elegir, sino discernir con conciencia.

Bajo esta mirada, elegir entre opciones no es libre albedrío. Responder moralmente por una decisión consciente, sí.

Y eso lo cambia todo.

El libre albedrío, entonces, no es solo la posibilidad de elegir, sino la capacidad de deliberar conscientemente y hacerse cargo de las consecuencias de esa decisión.

No una elección trivial ni cotidiana, sino una elección profunda, consciente y responsable.

Una que exige coherencia, integridad y la disposición a asumir consecuencias reales.

Una elección que, para ser efectiva, no puede hacerse desde el impulso ni desde la comodidad.

Fue entonces cuando una experiencia sencilla, pero profundamente reveladora, vino a cuestionar incluso la idea de que el libre albedrío fuera un atributo exclusivo del ser humano.

Un día, en el patio de casa, noté a un colibrí volando de forma extraña: muy bajo, llegando casi al piso y rodeando un punto.

Cuando se percató de mi presencia, no huyó, voló hacia mi una y otra vez, deteniéndose cerca y regresando al mismo punto... como llamándome.

Cuando me acerqué, descubrí que me había guiado hasta su cría, que había caído del nido.

No fue un gesto automático.

No fue un reflejo ciego.

No fue un instinto natural.

El ave modificó su conducta habitual, buscó ayuda fuera de su patrón natural y sostuvo esa decisión día tras día.

Me entregó a su polluelo y cada mañana esperaba a que lo sacara para que ella lo alimentara.

Cada tarde se iba, confiando en que su polluelo estaría bien hasta el siguiente día.

Así fue...durante semanas.

Hasta que el pequeño colibrí pudo volar y reunirse con su familia.

Eso no fue solo instinto vacío.

La naturaleza es un poco seria en ese aspecto, y lo natural hubiera sido que la madre lo dejara, pues tenía otros polluelos que cuidar. Pero decidió no dejarlo morir.

Quizá... no razonó como un humano.

No elaboró un plan.

Pero dentro de su pequeño mundo, comprendió una consecuencia y eligió actuar para evitarla.

Y esa experiencia me obligó a reformular la pregunta.

¿Y si el libre albedrío no fuera una posesión absoluta del ser humano?

¿Que fuese, una capacidad que emerge cuando un ser —humano o no— alcanza cierto grado de conciencia sobre lo que está en juego?

La diferencia es que el ser humano posee un alcance mucho mayor:

mayor conciencia, mayor impacto, mayor responsabilidad.

Y, paradójicamente, también una mayor capacidad de ignorarla.

Tal vez por eso este tiempo resulta tan crítico.

No porque carezcamos de libre albedrío, sino porque lo hemos reducido a elección superficial.

Porque decidimos sin asumir.

Elegimos sin sostener.
Actuamos sin hacernos cargo.

Hasta aquí, todo parecía claro en teoría.
El mensaje no pedía adoración, ni creencia, ni obediencia ciega.
Pedía algo mucho más incómodo: **un cambio real**.

Volver a lo humano.
Recuperar la empatía, la coherencia, la responsabilidad.
Alejarse del egoísmo, del exceso, de la indiferencia normalizada.
No como discurso, sino como forma de vida.

La oportunidad estaba ahí.
Cambio... o reinicio.
Corrección... o desaparecer.

El problema no era la falta de alternativas,
sino la forma en que solemos responder a ellas.

Porque muchas veces creemos que cambiar es decidir.
Que basta con decir *“voy a hacerlo distinto”*.
Que una emoción intensa, una intención clara o una promesa personal, equivalen a una transformación profunda.

Pero no es así.

Elegir no es cambiar.
Decidir no es transformarse.
Y comprender no garantiza coherencia.

El verdadero cambio exige continuidad.
Congruencia entre lo que se piensa, lo que se dice y lo que se hace.
Exige **integridad**.
Y, sobre todo, exige **sostener** la elección cuando deja de ser cómoda.

Aquí es donde muchos procesos se diluyen.
No por mala intención,

sino porque el compromiso real implica renuncia, ajuste y, a veces, **sacrificio**.

No se trata de querer algo distinto,
sino de estar dispuesto a **vivir de forma distinta**.

Por eso, el llamado que comenzaba a dibujarse desde el sueño
no podía entenderse como una orden ni como una profecía.
Era una invitación abierta...
pero una invitación seria.

No a decidir más rápido.
No a elegir lo que agrada.
Sino a ejercer, con plena conciencia, aquello que se nos ha dado
como responsabilidad:

el libre albedrío.

No como derecho.
No como privilegio.
Sino como **acto profundo de coherencia**.

Porque, al final, no se nos pregunta qué queremos.
Se nos pregunta qué estamos dispuestos a sostener.

Y esa respuesta —a diferencia de cualquier idea—
no se da con palabras,
sino con la forma en que vivimos.

Finalmente, después de muchos años —no semanas ni meses, sino
años— de observar, investigar y contrastar símbolos, relatos y
experiencias, las piezas por fin, comenzaron a encajar.
No como una verdad absoluta, sino como una lectura posible. Una
comprensión que no se impone, sino que se revela.

Comprendí entonces que nada de lo vivido podía leerse como un
episodio aislado, ni como una amenaza, ni como un anuncio
fatalista. Aquello que antes parecía advertencia comenzó a

mostrarse como señal. No el fin inmediato de algo, sino el punto en el que una forma de habitar el mundo deja de sostenerse.

La palabra que había emergido desde el inicio —Angelismo— dejó de sentirse abstracta. Nombraba con precisión un estado de nuestra época: la deshumanización progresiva del ser humano. La pérdida del vínculo, de la empatía, del sentido. La normalización de la violencia, del egoísmo y del materialismo como síntomas visibles de un desgaste más profundo.

Al mismo tiempo, los significados comenzaron a alinearse. Apocalipsis dejó de ser destrucción para recuperar su sentido original: revelación.

Ángel dejó de nombrar una figura alada para volver a ser lo que siempre fue: un mensajero.

No como entidad externa que castiga, sino como función que aparece cuando algo esencial se ha extraviado. No para imponer un destino, sino para señalar un desequilibrio.

Visto así, los grandes relatos de cierre de ciclo —presentes en mitos, profecías y tradiciones de distintas culturas— ya no hablaban del fin del mundo, sino del fin de una manera de vivirlo. No anunciaban condena, sino una oportunidad. No describían un castigo inevitable, sino un punto crítico de elección.

Y ahí, todo regresaba a lo mismo.

No a una profecía.

No a una señal externa.

Sino a una posibilidad profundamente humana.

Elegir.

No elegir desde la comodidad, el impulso o la inercia.

No elegir desde el deseo inmediato ni desde la evasión.

Sino ejercer, con plena conciencia, ese don que implica responsabilidad, coherencia y compromiso: el libre albedrío.

Porque ningún cambio verdadero ocurre sin elección sostenida.
Ningún despertar se encarna sin continuidad.
Ninguna transformación es real si no se vive en actos, en
decisiones repetidas, en renunciaciones conscientes.

Esta es la lectura que, en ese punto del camino, pude sostener.
No como verdad absoluta, sino como una advertencia amorosa.
No como mandato, sino como invitación.

Una invitación que no exige creencia, sino presencia.
Que no promete salvación automática, sino la posibilidad —
siempre abierta— de elegir distinto.

Y quizá eso sea lo más inquietante de este tiempo:
no que algo esté por ocurrir,
sino que ya está ocurriendo...
y que la respuesta no vendrá del cielo,
sino de lo que cada uno decida hacer con ella.

A partir de ese momento, algo cambió en nuestra forma de mirar.
La expectativa se volvió más aguda que nunca.

Las señales estaban ahí, identificadas, visibles en la conducta
humana, en la pérdida de vínculo, en la normalización de lo
inhumano. Solo quien no quisiera verlas —o prefiriera no hacerlo
— podría negarlas.

Pero, aun así, no podía evitarlo: esperaba algo más.

Si aquel desgaste era global, la oportunidad de cambio también
debía serlo.

Si el síntoma atravesaba culturas, lenguajes y fronteras, el llamado
—si existía— no podía quedarse en lo íntimo ni en lo personal.

Pensaba que, de ser así, algo masivo debía ocurrir.
No para imponer una creencia, sino para facilitar la aceptación del
mensaje.

No una prueba espectacular ni un gesto grandilocuente,
sino una señal que, al menos para Mony y para mí, confirmara que
todo aquello no había sido solo una construcción interior, ni una
lectura forzada, ni un sueño aislado.

Esperaba algo compartido.

Algo imposible de reducir a lo individual.

Quizá algo audible, como las trompetas del Apocalipsis.

O quizá algo visible, como las kachinas.

No sabíamos si ocurriría.

Pero, si debía ocurrir, no tardaríamos en saberlo.





(19) 14.- LAS TROMPETAS DEL APOCALIPSIS

Nos encontrábamos inmersos en la antesala de la fecha ancestral maya, marcada con veneración en su místico calendario. Era el año 2010 y el ciberespacio, encarnado en la plataforma de YouTube — que para entonces ya contaba con cinco años desde su creación — bullía con especulaciones apocalípticas. Se hablaba de alineaciones astrológicas y teorías que comenzaban a ganar notoriedad bajo el título de “*conspiranoicas*”, término forjado por el influyente colaborador de la revista *Año Cero*, Enrique de Vicente, quien posteriormente fundaría la revista *Más Allá de la Ciencia*. Todo giraba en torno a eventos relacionados con la inminencia del fin del mundo.

Resultaba intrigante cómo el conocimiento previo a un acontecimiento podía moldear nuestra percepción de la realidad, otorgándole una tintura particular a cada mirada, aun cuando la realidad en sí fuera común para todos. Así pues, no nos limitábamos a aguardar la llegada del fatídico 2012; estábamos ávidos de cualquier suceso que arrojará luz sobre los enigmáticos mensajes que habíamos recibido.

Es notable cómo las películas y series refuerzan mensajes en la población, emparejándose o coincidiendo con eventos de gran magnitud, con la finalidad de “prepararnos” o “desensibilizarnos”. A esto se le denomina *programación predictiva*.

La noción de programación predictiva suele asociarse a teorías de la conspiración y se utiliza para argumentar que ciertos eventos o tendencias están siendo “predichos” o “programados” de antemano a través de la cultura popular, los medios de comunicación o la manipulación psicológica, con el objetivo de desensibilizar a las personas o acostumarlas a acontecimientos impactantes mediante imágenes ultrarrealistas o crudas. Tal fue el caso de la película *2012*, producida por Columbia Pictures y protagonizada por John

Cusack, estrenada en 2009 y dirigida por Roland Emmerich, que se centra en eventos apocalípticos que amenazan la supervivencia de la humanidad, basándose en teorías de conspiración y profecías relacionadas con el fin del mundo.

La cinta proyectaba ante nuestros ojos la inminente aniquilación de la humanidad, propiciada por una alineación planetaria que, según se sugería, desencadenaría sucesos catastróficos sobre la faz de la Tierra. Uno de los mensajes cruciales de la película residía en la representación del fin de la humanidad tal como la conocemos, al tiempo que esbozaba la posibilidad de un nuevo comienzo.

¿Curioso, no?

El ciclo **destrucción–renovación**, presente una vez más.

Pero hablaremos de los mensajes en películas y series un poco más adelante.

Volviendo al punto central de nuestra narrativa, situémonos nuevamente en el año 2010. En el rincón virtual de YouTube —una plataforma fundada por Chad Hurley, Steve Chen y Jawed Karim—, que con tan solo cinco años de vida ya había conquistado el mundo de las redes, comenzaron a emerger y difundirse grabaciones de sonidos inusuales, descritos como trompetas o como “ecos de un trueno”, nombre que se da a la reverberación que queda como remanente surcando el aire tras un potente estallido.

Estos enigmáticos registros, afirmaban quienes los habían capturado, emanaban de lo sobrenatural. No obstante, cabe destacar que no existe informe o caso específico que pueda considerarse el punto de partida de este fenómeno, pues se fundamenta en grabaciones compartidas en línea, careciendo de una investigación científica rigurosa.

Había algo en aquellos sonidos que resultaba profundamente perturbador, no por su intensidad, sino por su carácter. No se trataba de explosiones ni de estruendos reconocibles, sino de resonancias prolongadas, graves, casi solemnes, como si no

provinieran de un punto específico del espacio, sino del cielo mismo. No anunciaban peligro inmediato, pero tampoco podían ignorarse. Eran sonidos que no parecían dirigidos al cuerpo, sino a la conciencia.

Lo inquietante no era solo escucharlos, sino sentirlos. Algo en su tono despertaba una memoria difícil de nombrar, como si evocaran relatos antiguos que yacían dormidos en lo más profundo del imaginario humano. No era miedo lo que provocaban, sino una extraña sensación de advertencia, semejante a la que antecede a una revelación importante: ese instante en el que uno intuye que algo está a punto de ser comprendido, aunque todavía no sepa qué.

A esa inquietud se sumaba un detalle imposible de ignorar: **no se trataba de un fenómeno aislado**. Grabaciones similares comenzaron a aparecer en lugares distantes entre sí, sin conexión aparente. En el periodo comprendido entre 2010 al 2013, se hablaba de registros en:

Vancouver. Cubierto por medios locales y ampliamente compartido en YouTube y frecuentemente citado como uno de los primeros registros modernos.

Toronto. Relacionados en prensa local con infraestructura industrial, aunque sin confirmación concluyente.

Miami. Algunos medios locales los relacionaron con actividad portuaria, sin pruebas definitivas.

San Diego. Registros en video de sonidos graves provenientes del cielo, especialmente en zonas costeras, con comentarios divididos entre causas naturales, militares y desconocidas.

Texas. Especialmente reportes en Houston y Dallas. Con cobertura en noticieros locales atribuyendo hipótesis industriales, sin explicación concluyente para todos los casos.

Ciudad de México. Videos grabados por ciudadanos donde se escuchan sonidos graves en el cielo, compartidos masivamente en redes sociales y noticieros locales.

Guadalajara. Asociados en medios a causas desconocidas o industriales.

Kiev. Uno de los registros más citados a nivel mundial (2011). Videos muestran sonidos metálicos intensos, ampliamente difundidos en redes.

Hamburgo. Reportes ciudadanos de sonidos similares a cuernos o metales, recogidos por prensa local alemana.

Birmingham. Estudiado durante décadas sin causa única identificada.

Sydney. Casos documentados de zumbidos persistentes. Tratados por medios como fenómeno acústico no resuelto.

No existía un punto común evidente, ni una explicación que lograra unificar todos los casos bajo una misma causa.

Los testimonios coincidían en lo esencial: personas que salían de sus casas, detenían su rutina, levantaban la mirada hacia el cielo y grababan con desconcierto un sonido que parecía no provenir de ningún objeto visible. A veces duraba apenas unos minutos; en otras ocasiones se extendía durante horas. Y luego, así como había comenzado, desaparecía, dejando tras de sí un silencio aún más perturbador.

Fue en ese contexto cuando comenzó a surgir una asociación tan inevitable como incómoda. A lo largo de la historia, distintas culturas habían descrito señales sonoras provenientes del cielo como anuncios, llamados o advertencias. No como castigos inmediatos, sino como **avisos previos**, resonancias destinadas a ser escuchadas antes de que ocurriera algo mayor. Y entre todos esos

relatos, uno destacaba con particular fuerza por la claridad de su simbolismo: las trompetas del Apocalipsis.

Cuando algunos oídos atentos escucharon estos sonidos inusuales, no tardaron en relacionarlos con las “Trompetas del Apocalipsis”. La conexión se establecía con la narrativa bíblica, y los testigos describían ruidos extraños, semejantes a “truenos interminables” o al estruendo de una maquinaria cuya fuente resultaba indetectable. Estos sonidos no conocían de horarios, haciendo eco en la atmósfera tanto de día como de noche.

Mientras algunos videos testimoniaban que los sonidos eran efímeros, otros aseguraban que persistían durante días, como un incesante eco del firmamento.

Para Mony y para mí, resultó imposible no relacionarlos con el sueño del *Angelismo*, en el cual, durante aquel episodio onírico, los truenos rasgaron los cielos en un día azul, sin rastro de nubes tormentosas ni indicios de lluvia.

Mas, ¿qué son en realidad estas “Trompetas del Apocalipsis”?

Las Trompetas del Apocalipsis hallan su origen en las páginas de la Biblia, específicamente en el libro del Apocalipsis, conocido también como el libro de las Revelaciones. Este último opúsculo del Nuevo Testamento desgrana visiones proféticas que, según la creencia cristiana, fueron reveladas a Juan de Patmos por Jesucristo mismo. Entre estas visiones se despliega una serie de eventos catastróficos que preludian el fin del mundo y el Juicio Final.

Las trompetas del Apocalipsis constituyen un conjunto de siete trompetas que resonarán, según la escritura, mediante la intervención de siete ángeles celestiales. Cada vez que una de estas trompetas se haga oír, se desencadenará un evento catastrófico o un juicio divino que sacudirá los cimientos de la Tierra. Entre estos eventos se cuentan plagas, desastres naturales y juicios divinos que

afectarán a la humanidad en su totalidad. Estas trompetas, imbuidas de simbolismo y apocalíptica, tejen la narrativa que marcará el rumbo de los últimos tiempos según la tradición cristiana.

El pasaje dice así:

“Los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas.”

Apocalipsis 8:6–7

El primer ángel tocó la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclados con sangre, que fueron lanzados sobre la tierra. Una tercera parte de la tierra fue quemada, una tercera parte de los árboles fue quemada y toda la hierba verde fue quemada.

Apocalipsis 8:8–9

El segundo ángel tocó la trompeta, y algo parecido a una gran montaña ardiendo en llamas fue arrojado al mar. Una tercera parte del mar se convirtió en sangre; una tercera parte de los seres vivos del mar murió y una tercera parte de las embarcaciones quedó destruida.

Apocalipsis 8:10–11

El tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella, ardiente como una antorcha. Cayó sobre una tercera parte de los ríos y sobre las fuentes de agua. El nombre de la estrella es Ajenjo. Una tercera parte de las aguas se convirtió en ajenojo, y muchos hombres murieron por beber de las aguas, porque se habían vuelto amargas.

Apocalipsis 8:12–13

El cuarto ángel tocó la trompeta, y fue herida una tercera parte del sol, una tercera parte de la luna y una tercera parte de las estrellas, de modo que se oscureció una tercera parte de ellos. No había luz en una tercera parte del día, y lo mismo sucedía con la noche. Miré y oí a un ángel que volaba por el medio del cielo, y decía a gran voz:

“¡Ay, ay, ay, de los que moran en la tierra, a causa de los toques de trompeta que faltan, que los tres ángeles están por tocar!”

Las tres últimas trompetas en el libro de las Revelaciones son conocidas como las trompetas de los tres “¡Ay!”, y se desarrollan en los capítulos 9 y 11 del Apocalipsis.

Trompeta del primer ¡Ay! — Apocalipsis 9:1–12

El quinto ángel tocó la trompeta y abrió el pozo del abismo. De él salieron langostas con poder para atormentar a los hombres durante cinco meses. Su aspecto era semejante a caballos preparados para la guerra; tenían coronas, rostros humanos, cabello de mujer, dientes de león y colas de escorpión. Su rey era el ángel del abismo, llamado Abadón en hebreo y Apolión en griego.

Trompeta del segundo ¡Ay! — Apocalipsis 9:13–21

El sexto ángel tocó la trompeta y fueron desatados cuatro ángeles junto al río Éufrates, preparados para matar a la tercera parte de los hombres. Un ejército innumerable avanzó, y por fuego, humo y azufre murió gran parte de la humanidad. Aun así, los sobrevivientes no se arrepintieron de sus obras.

Trompeta del tercer ¡Ay! — Apocalipsis 11:15–19

El séptimo ángel tocó la trompeta, y grandes voces en el cielo proclamaron que los reinos del mundo habían pasado a ser de nuestro Señor y de su Cristo. Hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo.

En la narrativa del Apocalipsis, estas trompetas desatan plagas, desastres naturales y eventos apocalípticos que asolan a la humanidad como parte de un proceso de purificación y juicio. Se cree que su propósito es atraer la atención de los mortales, instándolos a la reflexión y al arrepentimiento antes del inexorable juicio final, un período de intensa tribulación que culminará con el establecimiento del reino de Dios en la Tierra.

Más allá de las trompetas, el Apocalipsis relata sucesos aún más devastadores: las siete copas de la ira de Dios, descritas en el

capítulo dieciséis, que representan juicios finales derramados sobre la faz de la Tierra.

Las Siete Copas de la Ira de Dios — Apocalipsis 16

La primera copa es derramada sobre la tierra, y aparecen úlceras malignas y dolorosas en aquellos que tienen la marca de la bestia. La segunda copa es vertida en el mar, que se convierte en sangre como la de un cadáver, y mueren todos los seres marinos.

La tercera copa cae sobre los ríos y manantiales, que se transforman en sangre, como castigo por haber derramado la sangre de los santos y profetas.

La cuarta copa es derramada sobre el sol, que abrasa a la humanidad con su fuego, y aun así los hombres no se arrepienten ni glorifican a Dios.

La quinta copa es vertida sobre el trono de la bestia, sumiendo su reino en tinieblas; los hombres muerden sus lenguas de dolor, pero no se arrepienten.

La sexta copa seca el río Éufrates, preparando el camino para los reyes del oriente y la batalla del Armagedón.

La séptima copa es derramada en el aire, y una voz desde el templo proclama: “Hecho está”. Entonces sobrevienen truenos, relámpagos y un gran terremoto, como nunca antes se había visto, y enormes granizos caen sobre la humanidad, que persiste en blasfemar.

Este pasaje nos sumerge en una visión apocalíptica donde las trompetas y las copas actúan como llamados sucesivos, cada vez más severos, destinados a sacudir la conciencia humana. Es un último aviso, una advertencia solemne antes del colapso definitivo y la instauración de un nuevo orden.

Curioso verdad?

Caos. Oportunidad de cambio. Renovación basada en la desición tomada. Coincidencia tal vez?

Pero volvamos al fenómeno acústico al que se nombro HUM. Aquellos sonidos no ofrecieron respuestas claras, ni jamás

podieron ser explicados por la ciencia. Como tantas otras señales a lo largo de la historia, parecían existir solo para ser “oídas”, pero no “escuchadas”, ni comprendidas de inmediato.

Para Mony y para mí, no anunciaban el final, sino la cercanía de un umbral. Un punto en el que la humanidad, una vez más, debía “decidir” si prestaba atención... o continuaba su marcha como si nada hubiera ocurrido.

Sería acaso esta, una de las señales que esperábamos?

Algunos interpretan el Apocalipsis de manera literal, como un evento futuro que sellará el destino del mundo. Otros lo entienden de forma simbólica, como la lucha eterna entre el bien y el mal que se libra en el corazón de cada ser humano. Esta lectura resuena con las creencias de los Hopi y sus Kachinas Azules y Rojas, que ofrecen al hombre la oportunidad de redimirse y regresar al camino espiritual, renunciando al materialismo que corroe su humanidad.

Una llamada urgente mientras aún exista tiempo.

Y, como un eco que vuelve desde el origen de esta búsqueda, la pregunta emergía una vez más, suspendida en el aire:

¿Estaremos en presencia de estas señales, pero estamos tan “acostumbrados” a la Programación Predictiva en las películas, que hemos perdido la capacidad de asombro para reconocerlas? Porque... el HUM, cubrió las redes sociales, causó revuelo, quizá hasta asombro. Fue motivo de videos virales y de millones de vistas, pero en esencia... el mensaje fue ignorado.

El mensaje acústico se presentó... como esperábamos. Pasaría lo mismo con la Kachina?

Los años que se avecinaban nos proporcionarían una respuesta sorprendente.





(20) 15.- LA KACHINA

Desde que LOBO llegó a nuestra vida, nos embarcamos en paseos diarios. Estos momentos eran sagrados, dedicados por entero a él. Seguíamos su paso, aunque ahora se volviera más lento y sosegado debido a los años que abrazaba sus patitas. Durante estas caminatas, desarrollamos un vínculo más profundo con él. Tomábamos conciencia de como disfrutaba de lo sencillo, amaba el sol, se detenía a oler las flores, observaba el cielo, veía con respeto a la vida, era un privilegio caminar el mundo con él, explorando las maravillas del cielo nocturno: las estrellas, los astros y, por supuesto, nuestras queridas “patonas”, como solíamos llamarlas en nuestras noches callejeras.

Fue en un atardecer de agosto de 2011 cuando, en medio del crepúsculo, nos sorprendió un destello luminoso en el firmamento. Aunque no estábamos seguros de si se trataba de las luces de un avión debido a su brillo deslumbrante, quedamos atrapados en su resplandor excepcional. Su fulgor era tan intenso que ninguna estrella en el cielo podía compararse. La duda nos asaltó: ¿era un helicóptero? Sin embargo, nuestro amigo celestial se mantuvo inmóvil, desestimando esa posibilidad.

En nuestra mente, la idea de un Objeto Volador No Identificado (OVNI) se apoderó del razonamiento, un fenómeno que habíamos presenciado en varias ocasiones durante la última década. Pero esta historia merece su propio relato.

La fascinación nos llevó a casa con el corazón agitado y, aunque no sabíamos lo que habíamos visto con certeza, la emoción de tal avistamiento nos embriagó. Lo compartimos entre nosotros, manteniéndolo en secreto, ya que considerábamos imposible que nadie más hubiera pasado por alto un brillo celestial tan espectacular.

Los días pasaron y, cada vez que volvíamos a casa alrededor de las 7:30 de la tarde, aquel objeto brillante hacía su entrada triunfal en el cielo ante nuestros ojos, en la misma ubicación que habíamos observado días atrás. Eso avivó nuestra curiosidad y nos llevó a tomar nota de este peculiar fenómeno celeste.

Inicialmente, nos limitamos a ser testigos de su aparición y registrar su dirección, ubicado entre los 40 y 60 grados noreste durante el crepúsculo vespertino, cuando el sol se despedía del horizonte. Poco a poco, su misterioso fulgor nos cautivó, y las noches se convirtieron en oportunidades para estudiar su brillante presencia.

Mi curiosidad me llevó a contactar al Observatorio de San Diego por correo electrónico, buscando respuestas sobre este enigma astronómico. La respuesta, inesperadamente, apuntaba a que el resplandor celestial tenía una explicación sencilla: era Venus.

“¿Venus?”, me pregunté incrédulo. “Conozco bien cómo luce Venus, ¡y esto no se parece en nada a Venus!”

Y no era una exageración: aun siendo Venus el lucero más brillante del firmamento, la intensidad de esa luz, equivalía a tres Venus concentrados en un mismo punto!

Decidí recurrir a mi teléfono móvil, equipado con la aplicación “Stellarium”, una herramienta confiable para identificar cuerpos celestes en tiempo real. Sin embargo, incluso esta aplicación de astronomía no logró identificar el origen de aquel misterioso destello.

El brillo persistente de esta enigmática luz en el firmamento seguía sin revelar su verdadera identidad, y nuestras noches se llenaron de asombro y expectación.

Para diciembre, su brillo era verdaderamente intenso, lo que, de una manera romántica, nos llevó a relacionarlo con la Estrella de Belén en la historia del nacimiento de Jesús. Así que le estábamos otorgando un significado que se enlazaba con el espíritu navideño

de la temporada. Sin embargo, el hecho de que esto ocurriera justo un año antes del 12 de diciembre de 2012 hizo que nuestras mentes divagaran, ofreciéndonos una interpretación diferente de lo que estábamos presenciando.

Antes de tejer extrañas conjeturas, decidimos sacar el telescopio una noche y observarlo más detenidamente. Aunque mi telescopio no era profesional, tenía un alcance considerable que nos permitió examinar ese resplandor en el cielo con mayor detalle. A través del telescopio, confirmamos que se trataba de una estrella con un brillo azul extremadamente intenso; era real y estaba fuera de nuestra atmósfera.

Era el turno de Mony para mirar a través del lente del telescopio, y quedó fascinada por lo que sus ojos presenciaron. Después de varios minutos de observación, Mony notó algo peculiar en la estrella:

—Tiene una greñita —exclamó Mony.

—¿Cómo una greñita? —le pregunté.

—Sí, velo tú mismo. En la parte superior, a la izquierda, parece que sale una pequeña pincelada de luz hacia arriba —dijo, invitándome a ver a través del telescopio.

Tomé el dispositivo astronómico y, con gran intriga, enfoqué y traté de acercar al máximo la imagen. Efectivamente, la brillante estrella azul tenía una especie de llama que se percibía de manera sutil, alterando ligeramente la circunferencia de su brillo.

—¿Un cometa? —murmuré en voz baja mientras continuaba observando.

—¿Crees que podría ser un cometa? —le pregunté emocionado a Mony.

—Eso no lo creo —respondió ella con un gesto pensativo—. La “greñita” es demasiado pequeña para ser una cola, ¿no crees?

Por un momento, mi mente se sumergió en una especulación audaz:

—Cuando un cometa deja una cola, se debe al calor del sol, que provoca la evaporación del hielo y el polvo que lo componen, creando una nube de gas y polvo alrededor del cometa. La presión del viento solar empuja esta nube, formando una cola... Ahora bien, supongamos que el cometa es como un tren que vemos pasar a lo lejos —explicaba yo—.

—Si ese tren se moviera hacia nuestra derecha o izquierda desde nuestra perspectiva, podríamos verlo desde la locomotora hasta el último vagón de cola... Pero, ¿qué sucedería si ese tren viniera hacia nosotros? —dejé la pregunta en el aire para que Mony pudiera responder.

—Eso significaría que no veríamos los vagones debido a la perspectiva —respondió ella con los ojos bien abiertos.

—Exactamente —confirmé su comentario—. Entonces, ¿y si lo que vemos es un cometa que se acerca a la Tierra? Tendría mucho sentido que llegara en un par de meses, justo durante el famoso 2012 —concluí.

Desde un punto de vista teórico y basándonos en la perspectiva, esto podría ser plausible. Si un cometa se estuviera aproximando a la Tierra o pasando relativamente cerca de nosotros, podríamos ver una cola más corta y menos prominente debido al ángulo desde el cual la observamos, lo que podría hacer que parte de ella esté oculta o sea menos visible desde nuestra posición. Por otro lado, si el cometa se alejara de la Tierra o estuviera en una órbita que lo alejara de nosotros, su cola podría parecer más larga y majestuosa desde nuestra perspectiva, ya que estaríamos viendo la cola desde un ángulo más favorable.

A partir de ese día, comenzamos a buscar en internet si había información sobre este “cometa en el cielo”, pero no encontramos absolutamente nada que siquiera mencionara su existencia. Sin embargo, no era fruto de nuestra imaginación, ya que llevábamos

varios meses observando su aparición todas las noches y registrando su movimiento.

Al principio, aparecía con el crepúsculo, alrededor de las 7:00 - 7:30 p. m., y recorría casi toda la bóveda celeste hasta desaparecer en el horizonte. Con el paso de los meses, su aparición en el horizonte se hacía cada vez más tardía.

Comenzamos a preguntar a nuestros conocidos si habían visto esa impresionante estrella en el cielo, pero sorprendentemente, ninguno la había visto. Esto marcó otro nivel de despertar en nosotros, haciéndonos conscientes de cuán ciegas pueden ser las personas ante lo que ocurre en el cielo frente a sus ojos. Decidimos ponerlo a prueba de manera consciente.

Salíamos con el telescopio y, aunque nuestros vecinos nos veían en la calle con el aparato, nadie, absolutamente nadie, parecía sorprenderse o detenerse para mirar hacia donde estábamos apuntando. Podríamos haber sido testigos de un “cometa asesino” o de una vaca voladora, y a nadie parecía importarle en lo más mínimo. La gente pasaba ensimismada, como si estuviera “despersonalizada”, lo cual comenzaba a inquietarnos profundamente.

A pesar de ello, continuamos observando cómo este “cometa azul con su peculiar ‘greñita’” aparecía cada noche, haciéndose presente cada vez más tarde, hasta que finalmente lo vimos aparecer en el cielo casi a las 2:00 de la madrugada. Por lo que decidimos cambiar nuestras noches de desvelo por madrugadas tempranas para seguir contemplándolo.

Al parecer, nadie más lo había visto en todos esos meses. En las primeras semanas de 2012, decidimos invitar a un par de amigos a unirse a nosotros en esta misteriosa observación. La idea de encontrarnos a las 4:00 de la madrugada no fue muy tentadora para ellos, así que Mony les ofreció recibirlos con un delicioso desayuno: chilaquiles.

Así pues, ante semejante invitación, dos amigas nuestras: Noemí y Paloma, aceptaron el desafío de llegar a las 4:00 de la madrugada a nuestra casa. Nosotros ya las esperábamos con el telescopio instalado y un par de binoculares afuera de nuestra cochera.

Les indicamos que tomaran los lugares designados para visitantes, ya que nuestros vecinos son un tanto particulares al resguardar sus espacios de estacionamiento.

Descendieron de sus vehículos emocionadas, aunque no sabía si su emoción era por presenciar nuestra estrella o por el delicioso manjar que Mony les había preparado. Lo que importaba era que estaban allí para atestiguar lo que habíamos estado viendo.

No fue necesario que observaran a través de ningún dispositivo con lentes de aumento. Cuando les mostramos el firmamento, quedaron asombradas ante el resplandor de esa estrella azul. Pasamos más de una hora observándola. Era real, estaba ahí, y ellas la estaban admirando tal como Mony y yo lo habíamos hecho cada noche durante los últimos cinco meses.

Las preguntas surgieron, pero, por supuesto, no teníamos respuestas para ninguna de ellas, ya que realmente no sabíamos lo que era. No habíamos encontrado ningún registro que hablara de ese fenómeno celeste. Entre comentarios y risas, terminamos nuestra sesión de observación y nos dirigimos a la mesa para disfrutar del delicioso desayuno que Mony había prometido a nuestras invitadas.

Los días continuaron, y nuestras salidas matutinas persistieron para no dejar de contemplar un solo día esta maravilla de la que absolutamente nadie hablaba.

Si mi memoria no me traiciona, era más o menos a finales de enero cuando, en una de las ocasiones, Mony, al observarlo a través del telescopio, hizo una reveladora observación:

—Se ha vuelto roja —dijo con extrañeza mientras me pasaba el turno para mirar a través del ocular del telescopio.

Con asombro contemplé que era cierto. La intensa luz en el cielo había desvanecido su tono azulado en el halo, transformándose en una pequeña llama anaranjada.

Nos asaltaron diversas teorías; tal vez era un efecto de la bruma matutina, un fenómeno atmosférico, la influencia de la contaminación lumínica en el lugar o, incluso, una mancha en el lente del telescopio. Decidimos realizar comprobaciones en los días posteriores: meticulosamente limpiamos el lente y cambiamos de escenario para la observación. Nos aventuramos a una zona verde y frondosa que se extendía detrás de nuestra casa, donde la oscuridad era absoluta, sin la interferencia de ninguna luz artificial.

Para nuestra sorpresa, no solo corroboramos el extraño cambio una vez más, sino que cada día su resplandor se teñía de un rojo más intenso.

—La Kachina roja —murmuré casi en un suspiro, como si un pensamiento se hubiera escapado sin previo aviso.

Mony comprendía perfectamente a qué me refería; su respuesta no fue una pregunta, sino una afirmación tácita.

—No hemos superado la prueba —expresó, mientras sus ojos buscaban los míos.

Según la leyenda, la Kachina Azul simboliza la espiritualidad, la armonía y la conexión con la naturaleza. Representa un camino de vida en el que la humanidad vive en equilibrio con el mundo natural y sigue las enseñanzas espirituales de los Hopi.

En contraste, la Kachina Roja simboliza el materialismo, el egoísmo y la búsqueda de poder y riquezas a expensas de la naturaleza y la espiritualidad. Representa un sendero donde la humanidad se aleja de su conexión espiritual, enfocándose en la acumulación de bienes materiales.

La leyenda advierte que la humanidad tiene la elección de seguir el camino correcto viviendo en armonía con la naturaleza y

abrazando la espiritualidad, y entonces, la Kachina se mostrará Azul, o seguir el camino centrado en el materialismo y el egoísmo, lo que finalmente conllevará a la destrucción y la decadencia y entonces el color de la Kachina...será Roja.

Esta leyenda coincidía de manera sorprendente con el momento presente, ya que habíamos entrado en el año que marcaba el final del Baktún 13 maya. El cierre del Baktún 13 en el calendario maya conlleva un profundo significado desde una perspectiva espiritual, ya que, según los mayas, representa el fin de un ciclo y el inicio de otro, en el que experimentamos un período de transformación y renacimiento espiritual, con la oportunidad de crecer y evolucionar a nivel personal y colectivo.

El 21 de diciembre de 2012 marcaría un punto de inflexión en nuestras vidas espirituales. Es un recordatorio de que estamos inmersos en un viaje espiritual en constante evolución. Por ende, este momento nos invita a reflexionar sobre nuestras acciones, nuestra conexión con la naturaleza y el cosmos, y nuestro papel en la creación de un mundo mejor.

En resumen, desde una perspectiva espiritual, el final del Baktún 13 en el calendario maya representa una oportunidad de renacimiento espiritual, crecimiento personal y colectivo, y una mayor conciencia de nuestra conexión con la espiritualidad y la naturaleza. Es un llamado a la reflexión, la transformación y la búsqueda de un camino más espiritual y sostenible en nuestras vidas y en la vida de la humanidad en general.

Resulta curiosamente similar a la Leyenda Hopi, que, al parecer y según nuestra interpretación, se estaba manifestando en el firmamento, aunque nadie, al menos nadie cercano a nosotros, parecía percatarse de esa señal en el cielo.

Finalmente, nuestra Kachina desapareció a principios de marzo, tras 8 meses en el firmamento, donde se fundió con la luz del amanecer para no volver jamás.

En la actualidad, aún no sabemos con certeza qué fue lo que contemplamos durante ese tiempo en el cielo nocturno.

Algunos cometas notables que capturaron la atención y la emoción de los observadores del cielo durante sus respectivas apariciones en el período de 2006 a 2014 incluyen:

El Cometa C/2006 P1 (McNaught): Descubierto en 2006, este cometa se volvió extraordinariamente brillante en enero de 2007, siendo visible durante varios meses en el hemisferio sur. Se convirtió en uno de los cometas más resplandecientes de esa década.

El Cometa C/2009 R1 (McNaught): Descubierto en septiembre de 2009, este cometa fue visible a simple vista en el hemisferio norte durante los primeros meses de 2010.

El Cometa C/2011 L4 (PANSTARRS): Descubierto en junio de 2011, este cometa adquirió notable brillo en marzo de 2013 y fue visible en el hemisferio norte durante varios meses.

El Cometa C/2014 Q2 (Lovejoy): fue descubierto por el astrónomo aficionado australiano Terry Lovejoy el 17 de agosto de 2014. Este cometa posteriormente se convirtió en uno de los cometas más brillantes y visibles en el cielo nocturno durante su aparición en enero de 2015, lo que le otorgó fama en la comunidad astronómica y entre los observadores del cielo.

Estos cometas eran visibles a simple vista, despertando gran interés y emoción entre los observadores del cielo durante sus respectivas apariciones en el período de 2006 a 2015. Su brillo y visibilidad variaron con el tiempo, y algunos ofrecieron oportunidades de observación prolongadas. Sin embargo, ninguno coincidió con el período en que nosotros lo observamos: agosto de 2011 a marzo de 2012.

Para Mony y para mí, este fue un mensaje que no pasó desapercibido; nos hizo mirar detenidamente, a través de una enorme lupa, la vida que nos rodeaba y cómo el “Angelismo” se

hacía cada vez más presente en la humanidad, dejando ver cada vez más esta falta de espiritualidad o de respeto por la vida. Parecía como si las personas hubieran puesto sus vidas en modo “automático”, un estado que se agravaría aún más con la llegada inminente de los smartphones y las tabletas.

Para nosotros, la prueba se falló, y el destino de la humanidad había quedado marcado por una Kachina Roja que, con pesar, anunciaba los resultados.

Sin embargo, lo que verdaderamente nos impresionaba no era el mensaje que nosotros pudiéramos interpretar —porque, al final, lo estábamos recibiendo—, sino cómo una señal en el cielo, de tal magnitud y sostenida durante tantos meses consecutivos, había sido ignorada.

Lo mismo ocurrió con aquellos extraños sonidos en distintas partes del mundo, los llamados “HUM”.

Las señales están ahí. Igual que podríamos estar recibiendo mensajes en sincronicidades, discretas o no.

Pero nada nos parece suficiente. Nada nos parece real. Todo lo ignoramos, lo banalizamos, lo descartamos... o simplemente no lo vemos.

Y quizá lo más inquietante no sea que no podamos verlo, sino que, en el fondo, no queramos hacerlo.

¿Pero... por qué?



